

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

El Principito

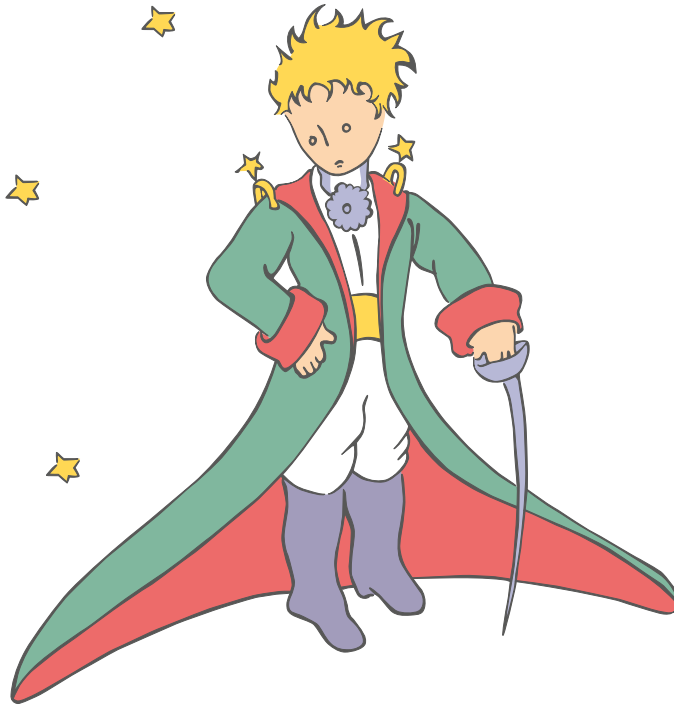
CON
ACTIVIDADES
PARA NIÑOS
Y ADULTOS
Y TIPOGRAFÍA
ADECUADA PARA
PERSONAS CON
DISLEXIA.



El principito

Antoine de Saint-Exupéry

TRADUCCIÓN DE CARLOS CÁMARA Y MIGUEL FRONTÁN



El principito

Antoine de Saint-Exupéry

Con ilustraciones del autor



de Saint-Exupéry, Antoine

El Principito / Antoine de Saint-Exupéry. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Little Rex, 2026.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Carlos Cámara ; Miguel Frontán.

ISBN 978-631-91149-8-0

1. Narrativa Francesa. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Francesa. 3. Relaciones Interpersonales. I. Cámara, Carlos, trad. II. Frontán, Miguel, trad. III. Título. CDD 843

Coordinación editorial: Érica Marino

Edición: Érica Marino

Corrección: Matías Pardini

Ilustración de tapa: Antoine de Saint-Exupéry

Diseño de tapa e interior: Marcelo Torres

Asistencia editorial: Daniela Victoria Benedetto

Producción gráfica: Gabriela Bravo

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Ediciones Urano, S.A. - Argentina
Paracas 59 (C1275AFA), CABA, Argentina
www.edicionesurano.com
infoar@uranoworld.com

ISBN 978-631-91149-8-0

1.ª edición argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Abril de 2026

Impreso por Triñanes Gráfica S.A., Charlone 971, Avellaneda, Buenos Aires

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

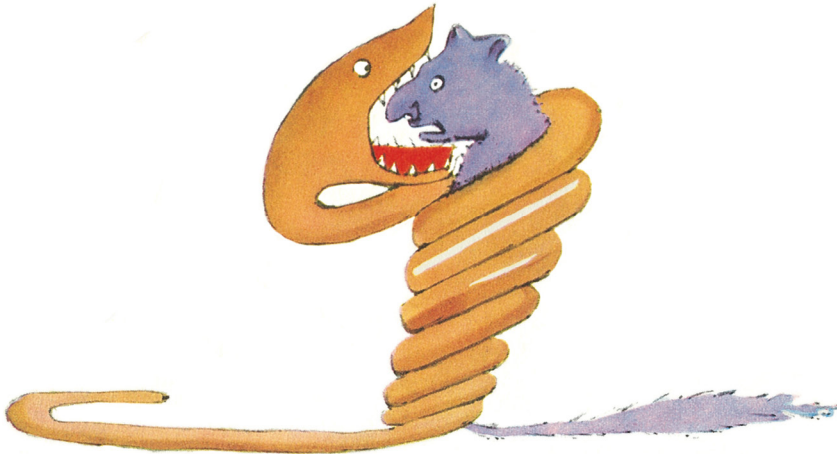
A Léon Werth

Les pido perdón a los niños por haberle dedicado este libro a una persona grande. Tengo una excusa de peso: esa persona grande es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esa persona grande puede comprenderlo todo, hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esa persona grande vive en Francia, donde pasa hambre y frío. Tiene mucha necesidad de consuelo. Si todas estas excusas no bastan, entonces consiento en dedicarle este libro al niño que esa persona grande fue en otros tiempos. Todas las personas grandes primero fueron niños (aunque pocas lo recuerdan). De modo que corrijo mi dedicatoria:

**A LÉON WERTH,
CUANDO ERA NIÑO.**

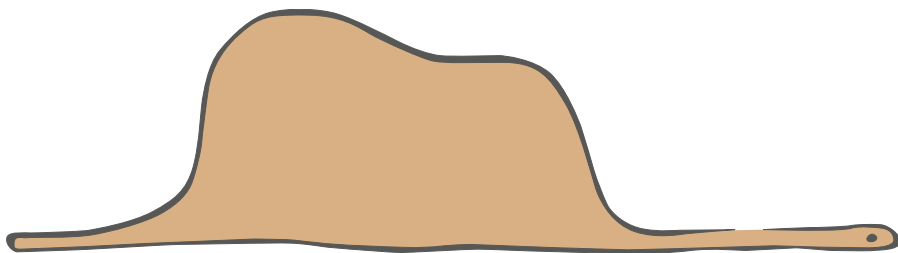
CAPÍTULO I

Cuando tenía seis años vi una vez una magnífica ilustración en un libro sobre la selva virgen titulado *Historias vividas*. Representaba una boa que se estaba tragando a una fiera. Esta es la copia del dibujo:



El libro decía: “Las boas se tragan a su presa entera, sin masticarla. Luego ya no pueden moverse y duermen durante los seis meses que dura la digestión”.

Entonces pensé mucho en las aventuras de la jungla y, a mi vez, logré hacer con un lápiz de color mi primer dibujo. Mi dibujo número 1. Era así:

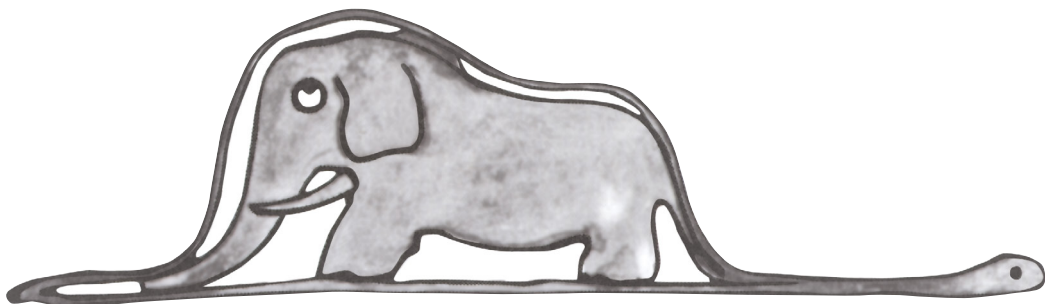


Les mostré mi obra maestra a las personas grandes y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

Me respondieron:

—¿Y por qué va a dar miedo un sombrero?

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una boa que estaba digiriendo a un elefante. Entonces dibujé el interior de la boa, para que las personas grandes pudiesen comprender. Siempre tienen necesidad de explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas grandes me aconsejaron que abandonara los dibujos de boas abiertas o cerradas y que mejor me interesara en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue como abandoné, a la edad de seis años, una magnífica carrera de pintor. Me había desalentado la falta de éxito de mi dibujo número 1 y mi dibujo número 2. Las personas grandes nunca comprenden nada por sí solas, y para los niños es cansador estar dándoles explicaciones todo el tiempo.

Así que tuve que elegir otro oficio y aprendí a pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo. Y la geografía, realmente, me ha servido mucho. Sabía distinguir, de un primer vistazo, la China de Arizona. Es algo muy útil si uno se pierde durante la noche.

De este modo, en el curso de mi vida he tenido montones de contactos con montones de personas serias. Viví mucho tiempo con las personas grandes. Las he visto muy de cerca. Eso no mejoró gran cosa mi opinión sobre ellas.

Cuando conocía a alguna que me parecía un poco lúcida, hacía con ella el experimento de mi dibujo número 1, que siempre he conservado. Quería saber si verdaderamente era capaz de entender. Pero la persona siempre me respondía: "Es un sombrero". Entonces no le hablaba ni de boas, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su altura. Le hablaba de *bridge*, de golf, de política y de corbatas. Y la persona grande se sentía muy contenta de conocer a un hombre tan razonable.



CAPÍTULO II

A sí fue como viví solo, sin nadie con quien poder hablar verdaderamente, hasta que hace seis años tuve un desperfecto en el desierto del Sahara. Algo se había roto en el motor. Y como no tenía conmigo ni mecánico ni pasajeros, me dispuse a tratar de llevar a cabo, yo solo, una reparación difícil. Era, para mí, cuestión de vida o muerte. Apenas si tenía agua potable para ocho días.

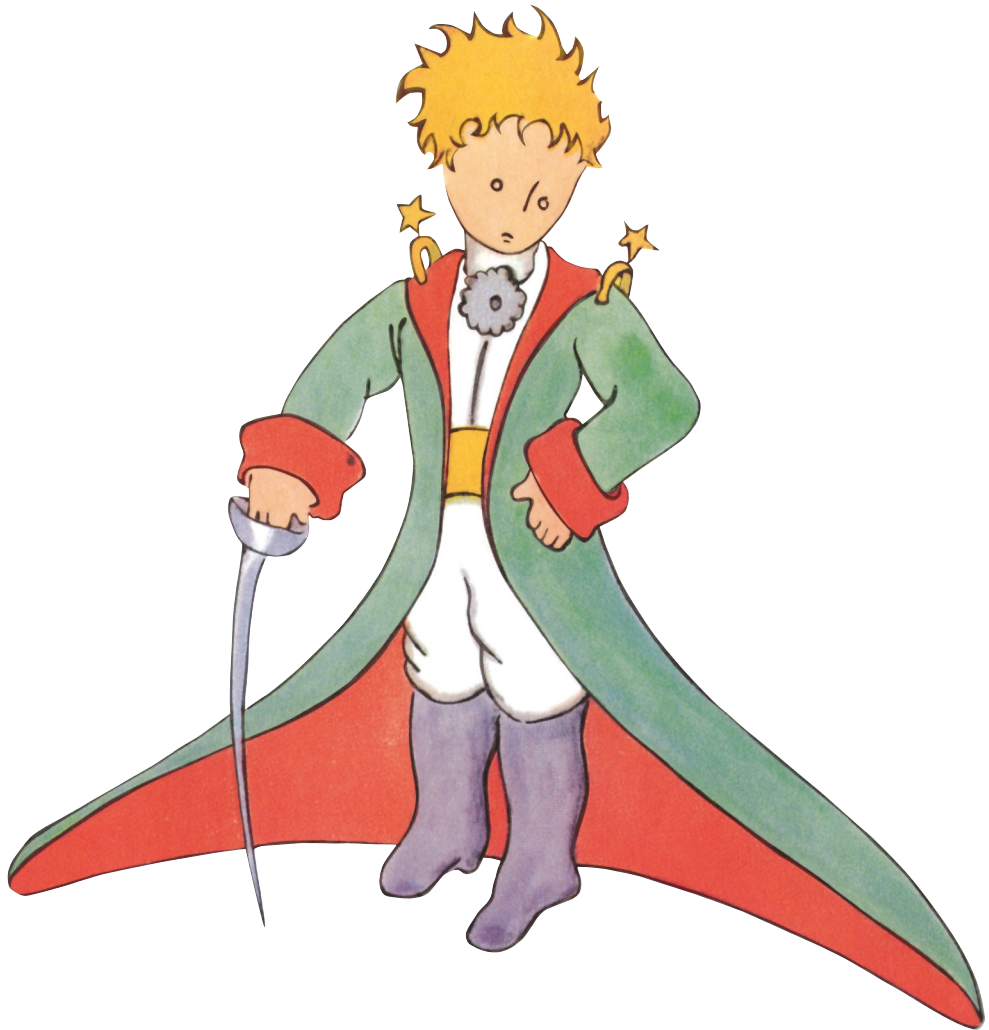
De modo que la primera noche me quedé dormido en la arena, a mil millas de distancia de cualquier lugar habitado. Estaba mucho más aislado que un naufrago en una balsa en medio del océano. Se imaginarán, entonces, mi sorpresa cuando, al amanecer, me despertó una extraña vocecita que decía:

—Por favor..., ¡dibujame una oveja!

—¿Cómo?

—Dibujame una oveja...

Me puse en pie de un salto, como si me hubiera caído encima un rayo. Me froté bien los ojos. Miré bien. Y vi a un hombrecito absolutamente extraordinario que me observaba con la mayor seriedad. Este es el mejor retrato que más tarde logré hacer de él. Pero mi dibujo, por supuesto, es mucho menos encantador que el modelo. No es mi culpa. Las personas grandes me habían desalentado en mi carrera de pintor a la edad de seis años, y no aprendí a dibujar nada que no fuesen las boas cerradas y las boas abiertas.



Este es el mejor retrato que más tarde logré hacer de él.

De modo que miré aquella aparición con los ojos redondos de asombro. No olviden que me encontraba a mil millas de distancia de cualquier lugar habitado. Pero no me parecía que mi hombrecito estuviese ni perdido, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo. No tenía nada del aspecto de un niño perdido en medio del desierto, a mil millas de distancia de cualquier lugar habitado. Cuando por fin logré hablar, le dije:

—Pero... ¿qué estás haciendo acá?

Y entonces él me volvió a decir en voz muy baja, como si fuera algo de lo más serio:

—Por favor..., dibujame una oveja...

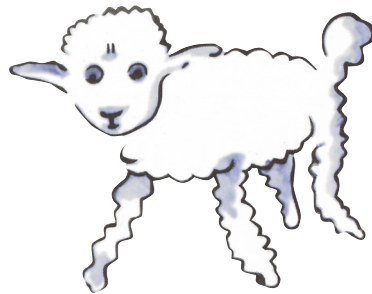
Cuando el misterio es demasiado impresionante, uno no se atreve a desobedecer. Por absurdo que aquello me pareciera, a mil millas de distancia de cualquier lugar habitado y hallándome en peligro de muerte, saqué del bolsillo una hoja de papel y una lapicera fuente. Pero entonces recordé que había estudiado sobre todo geografía, historia, cálculo y gramática, y le dije al hombrecito (con un poco de mal humor) que no sabía dibujar. Me contestó:

—No importa. Dibujame una oveja.

Como nunca había dibujado una oveja, volví a hacer para él uno de los dos únicos dibujos de los que era capaz. El de la boa cerrada. Y quedé estupefacto cuando le oí decir al hombrecito:

—¡No, no! Un elefante en una boa, no. Una boa es algo muy peligroso, y un elefante es algo que estorba mucho. El lugar donde yo vivo es muy pequeño. Necesito una oveja. Dibujame una oveja.

Entonces hice un dibujo.



Lo miró atentamente y dijo:

—¡No! Esta ya está muy enferma. Hacé otra.

Dibujé:

Mi amigo sonrió amablemente, con indulgencia:

—Ya lo ves... No es una oveja, es un carnero.

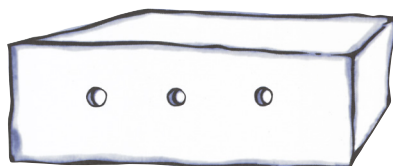
Tiene cuernos...

Así que hice una vez más mi dibujo.

Pero fue rechazado, igual que los anteriores.

—Esa es demasiado vieja. Quiero una oveja que viva mucho tiempo.

Entonces, perdiendo la paciencia, y como estaba apurado por empezar a desmontar el motor, tracé rápidamente este dibujo.



Y le dije bruscamente:

—Esta es la caja. La oveja que querés está adentro.

Pero me quedé muy sorprendido al ver que a mi joven juez se le iluminaba el rostro:

—¡Es así exactamente como la quería! ¿Creés que a esta oveja le hará falta mucho pasto?

—¿Por qué?

—Porque el lugar donde yo vivo es muy pequeño...

–Seguro que alcanza. Te di una oveja muy pequeña.
Inclinó la cabeza hacia el dibujo:
–No tan pequeña... ¡Mirá! Se quedó dormida...
Y así fue como conocí al principito.



CAPÍTULO III

Me llevó mucho tiempo comprender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, nunca parecía oír las mías. Fueron algunas palabras casuales las que poco a poco me lo revelaron todo. Por ejemplo, cuando vio por primera vez mi avión (no dibujaré mi avión, es un dibujo demasiado complicado para mí) me preguntó:

—¿Qué es esa cosa que está ahí?

—No es una cosa. Vuela. Es un avión. Es mi avión.

Y me sentí orgulloso de hacerle saber que yo volaba. Entonces exclamó:

—¿Cómo? ¿Caíste del cielo?

—Sí —le dije modestamente.

—¡Ah!, eso sí que es gracioso...

Y el principito soltó una carcajada muy linda que me irritó mucho. Yo pretendo que a mis desgracias se las tome en serio. Luego agregó:

—¡Entonces, vos también venís del cielo! ¿De qué planeta sos?

Vislumbré en el acto una luz en el misterio de su presencia y le pregunté bruscamente:

—¿Así que venís de otro planeta?

Pero no me contestó. Movía lentamente la cabeza sin dejar de mirar mi avión:

—Es cierto que con eso no podés venir de muy lejos...

Y estuvo largo rato sumido en sus pensamientos. Luego, sacando mi oveja del bolsillo, se quedó absorto contemplando su tesoro.

Ya se imaginarán cómo me intrigó esta semiconfidencia sobre “los otros planetas”. De modo que me esforcé en averiguar más: